

que en muy poco tiempo conquistaron y ganaron á fuerza de armas á Azcaputzalco, cabeza de la monarquía de Tezotzomocli, con todo lo demás que poseía, justa ó injustamente; y de esta manera se apoderaron de toda la tierra, haciendo tres cabeceras, que fueron México, Tezcuco y Tacuba, poseyéndola en la forma que la hallaron los conquistadores, y algunos pueblos que no quisieron darse ni rendirse, de los que habían sido sujetos á Azcaputzalco, después de requeridos que se allanasen y diesen, y no lo haciendo, con dureza y vana constancia, les denunciaban guerra á fuego y á sangre, y en señal de ella les enviaban arcos y flechas, rodela y macanas, para que pues estaban contumaces estuvieran también apercebidos, que no pudiesen decir en algún tiempo, agraviándose, que no se les requirió y apercebido; lo cual hacían por vía de justificar su causa; y así juntaban ejército de todas tres naciones de tezcucanos, mexicanos y tepanecas con que los conquistaban y allanaban. Y otros pueblos y provincias que después ganaron, se fundaba su justicia en que en ellos hacían algunos notables agravios á mercaderes de estas tres naciones, ó los mataban astuciosamente por trabar guerra con ellos, y en enviando á pedir enmienda de ello, y no la queriendo hacer, se les notificaba la guerra por la orden que se ha dicho, y de aquí venían á las manos hasta ganallos y sujetallos; y desta forma, á lo menos con este achaque, se hicieron señores de toda la tierra, poniendo guarniciones de gente de todas tres naciones en las tierras y provincias que convenía para la seguridad de ella.

La orden y manera de su pelear era principalmente con rodela y macana guarnecida de navajas ó pedernal, con que daban grandes cuchilladas, y picas con puntas de pedernal, y con arco y flechas, aunque, estas gastadas, acudían á la rodela que llevaban á las espaldas y macana en la cinta, y peleaban pie á pie con los enemigos, y como ya se ha dicho, siempre procuraban de habellos vivos á fin de sacrificarlos, si no era que la necesidad los forzaba á matallos por no podellos traer ni haber quien le ayudase, ó por otros respetos y priesas que se ofrecían. Las armas defensivas

que llevaban eran solamente las rodela y unas jaquetillas de ñudillos que les cubrían el cuerpo, que ellos llamaban *ichcahuipilli*, y los que podían se guarnecían las pantorrillas con grevas de oro y los molledos con brazaletes de lo mismo, porque no tenían otro género de metal de que lo poder hacer, y todo lo demás del resto del cuerpo llevaban descubierta, salvo la cabeza, que siempre la adornaban con mucha plumería de todas suertes y colores. Algunos, por parecer fieros al enemigo, se embijaban de negro ó de almagre y pintaban los rostros de diversas formas, y en las rodela, lo mismo, pintaban rostros y figuras espantables y semejantes, y generalmente todos procuraban ir adornados de la plumería de la que conforme á su posibilidad podían haber y alcanzar; aunque esto les era ocasión de muerte, porque el enemigo, especialmente huexutzincas y tlaxcaltecas, se oponían contra el que más señalado andaba en ornamentos y plumajes, á fin de despojalle de ellos, porque carecían de ellos por su pobreza.

La guerra que hacían era á cada veinte días, conforme á la cuenta de sus fiestas del año, de manera que una vez lo habían con los tlaxcaltecas, y otra con los huexutzincas, y ellos por la propia cuenta los aguardaban los propios días en el campo y lugares de la pelea, sin errarse jamás. Llegados los ejércitos á enfrentarse el uno con el otro á tiro de flecha ú honda, hasta gastar las municiones se venían juntando y allegando los unos contra los otros, y peleaban á macana y rodela; y los valientes y esforzados se señalaban en pelear y oponerse contra donde el enemigo estaba pujante ó aventajado, corriendo á un cabo y á otro, y acudiendo donde había mayor peligro; y si ALGUNO de los contrarios se señalaba en hecho y valor de armas, por el propio caso discurrían por el campo HASTA hallarle y pelear con él conforme á la comodidad del tiempo y lugar; y algunos de estos que eran conocidos por valerosos, se juntaban de los contrarios los más escogidos para dar en él y prendello ó matallo, y el otro por defenderse con sus valedores, se fundaban las más peligrosas peleas, adonde acudía cada cual en favor de los suyos, y allí era la mayor mortandad; y mu-

chas veces acontecía esto en diversas partes del campo, adonde acudían los generales con valerosos soldados y *tequihuaque* á animar y defender á los suyos; y muchas veces con industria dejaban de respeto alguna gente con MANDATO y orden de acudir á la mayor necesidad, con cuya venida de refrescos no podían los contrarios sustentar el peso de la batalla, y vueltas las espaldas huían, y en esta coyuntura había más cómodo lugar de prender á muchos de los contrarios, lo cual hacían yéndoles al alcance, aunque muchas veces revolían con el esfuerzo de sus capitanes ó de otros valerosos hombres, de tal suerte que algunos que tenían ya prisioneros se hallaban burlados, y la necesidad que tenían de recogerse y no aguardar el peligro de caer en manos de los contrarios les forzaba á soltállos; y muchas veces acontecía que el prisionero suelto asía del que había sido antes prendido, hasta que llegaban los suyos, y lo acababan de sojuzgar y prender. Había entre ellos hombres tan valerosos que no se ocupaban en otra cosa más de en sustentar y tener en peso la batalla, sin curar de prender á ninguno contrario, aunque el tiempo y la ocasión se le ofreciese, por no poner en riesgo de ser el ejército rompido por los contrarios, si no era cuando estuviese ya seguro de esto; y estos eran por la mayor parte los generales y capitanes. El ser rompidos acontecía pocas veces, porque por no lo ser ponían todo su valor y esfuerzo, porque demás del peligro en que se ponían y todo el ejército, aunque escapasen de manos de contrario eran gravemente castigados de sus señores con muertes y prisiones, con otros géneros de tormentos. Y por esto cada cual procuraba hacer el deber ó morir honradamente y no con infamia en poder de los jueces, que con diligente inquisición averiguaban las faltas que en la guerra cometían, especialmente los que lo hacían de miedo y cobardía, y por la misma razón hacían lo mismo de los que como valerosos hacían todo lo posible, cumpliendo con la obligación que de buenos soldados tenían, para dalles premio y galardón. Duraba la pelea hasta que los generales hacían señal de retirarse, lo cual hacían sin volver las espaldas hasta ver si el enemigo con repararse

les daba lugar para ello. Cuando iban á la guerra siempre iban tres ejércitos, el uno de esta ciudad, y el otro de México, y el otro de Tacuba, y todos con sus generales llegaban un día antes de la batalla en el campo donde el enemigo los aguardaba ó salía al encuentro, y todos tres concertaban el modo y orden que habían de tener, lo cual guardaban entre sí inviolablemente; y hecha la pelea como se ha dicho, se volvían con orden y concierto en formados escuadrones, hasta salir de donde hubiese temor ó sospechas de QUE enemigos los pudiesen turbar é inquietar su camino, el cual hacían á la ida y venida con mucho recato, teniendo para ello muy fieles y diligentes espías que de mano en mano avisaban á los generales de lo que había, á los cuales premiaban largamente. Cuando caminaban con el ejército á pelear, iban delante los más valientes y escogidos soldados, y en su seguimiento el resto de la gente bisoña y nueva en el arte; y cuando venían de vuelta los echaban delante. Esto era solamente en las guerras de sus fronteros los huexutzincas y tlaxcaltecas; pero en las demás jornadas que hacían de caminos largos, en donde era menester llevar bagaje y servicio, tenían otra orden, porque igualmente iban soldados viejos en la avanguardia como en la retaguardia, llevando en medio, en lo que se dice batalla, los soldados nuevos y la gente de servicio con el bagaje, echando siempre delante corredores de hombres ligeros y valientes para descubrir el campo y ver si los enemigos les ponían celadas y emboscadas, sin las espías que de ordinario iban y venían, y de noche procuraban alojarse en partes y lugares seguros y aventajados, velándose con guardia que tenían de mucho cuidado y vigilancia, aunque con todo esto los capitanes y generales no se descuidaban un punto: y por esta orden conquistaron y ganaron todo lo que poseían al tiempo que el Marqués del Valle vino á esta tierra.

Vueltos de la guerra, era cosa de admiración las averiguaciones que había de las cosas que en la guerra sucedían, así de flaqueza y cobardía como de esfuerzo y valentía: especialmente se tenía gran cuenta si estando el ejército en punto de ser perdido por cobardía de algunos, y por el va-

lor de algún valiente y esforzado no se rompió y perdió, para castigar á los unos y premiar á los otros. Otros tenían diferencias sobre los prisioneros, de cuál era el verdadero señor de él, porque acontecía haber sido preso alguno entre dos y tres y más, y conforme á esto y al tiempo que acudió á ayudar, así llevaba el premio; y si alguno con falsedad se aplicaba algún prisionero, diciendo haberle prendido, por el mismo caso, si se averiguaba lo contrario, era sentenciado á muerte y ejecutada en él la sentencia, aunque fuese el principal de los hijos del rey, de suerte que en esto no había cautelas ni favores para salir con ninguna malicia. Los soldados que iban á la guerra no aguardaban paga ni salario, ellos ni sus capitanes, sino el premio digno de sus obras que con muy cierta esperanza aguardaban del rey, con muchas honras y favores. Tenían mañas y cautelas los generales y capitanes contra sus enemigos, porque muchas veces se ponían en emboscadas y echaban algunos soldados á que escaramuceasen con ellos, fingiendo retraerse ó huir hasta metellos en la celada ó emboscada, dándoles por las espaldas con mucho ruido y grita; y esto era en partes y lugares y tiempos muy aparejados y acomodados para ello, y cuando era en campo raso hacían muchas sepulturas de noche muy disimuladas, llevando la tierra que de ellas sacaban muy lejos, y en ellas se escondían los más valientes y esforzados soldados, y los generales echaban algunas ligeras bandas para escaramuzar con ellos hasta metellos adelante de los que estaban enterrados, y saliendo de sus sepulturas, les daban por las espaldas con muy grande grita y alarido, con que los turbaban y eran tomados del un cabo y del otro, haciendo en ellos estrago y matanza; y de estas astucias y otras cautelas usaban los generales y capitanes cursados, especialmente contra enemigos poco expertos en el ejercicio de las armas y guerras. Los que escapaban heridos ó lisiados eran sustentados y curados por el rey, y á su costa. La guardaban con gran cuidado la disciplina y orden militar, sin exceder de lo que sus capitanes mandaban, so pena de muerte. Eran fidelísimos y constantes en toda adversidad, y padeciendo con extraña paciencia todos

los trabajos de la guerra. No temían la muerte, sino el hacer cosa infame y afrentosa.

El hábito que traían en tiempo de su infidelidad, traían por vestido y hábito los principales y señores, como se ha dicho, una manta de algodón blanca y llana, cuadrada, y atada por el hombro, y unos lienzos por pañetes con que cubrían los miembros vergonzosos, y las mujeres traían naguas á manera de faldellines sobre que se fajaban, y unas camisas que llamaban *huipiles*, de algodón de diferentes colores, y el cabello recogido y atado de la suerte que aquí va pintado. La gente común traían las mantas de nequén de maguey, y de lo mismo los pañetes, y las mujeres al respecto, que los unos y las otras andaban casi desnudos, y al presente ellas traen el mismo hábito, aunque por honestidad han añadido una cobija blanca, y ellos traen, demas de las mantas, camisas y zaragüelles. Algunos traen ya zapatos en lugar de las cutaras que antiguamente usaban.

Los mantenimientos de que antes usaban es de lo propio que al presente usan y se mantienen, que es lo principal el maíz de diferentes colores, aunque lo mejor es el blanco, y de frijoles de diversas maneras y colores, y de *chían*, que es una semilla de mucha sustancia, y de *huauhtli*, y de *michihuahtli*, y de ají, apetito principalísimo y jamás fastidioso, por ordinario y perpetuo que se coma, y con todos los géneros de comida le da gusto y sabor, y gallinas, conejos, liebres, venados y otras muchas suertes de aves de caza; y esto no lo alcanzaban sino los ricos, aunque ya la gente común el día de hoy goza de vaca y carnero, especialmente los que más tratan y conversan con los españoles. El pan de Castilla comen por regalo y fruta, ó por necesidad. Averiguóse una cosa digna de admiración, y es que en tiempo de su infidelidad vivieron sanísimos sin jamás saber qué cosa era pestilencia, sino que los que morían habían de ser muy viejos ó muy niños y tiernas criaturas; tanto, que se tenía por prodigio y mal agüero cuando moría alguno fuera de estos dos extremos, y no se halla que sus padres ni antepasados diesen noticia de haber habido jamás pestilencia ni mortandad, como después de su conversión las ha habido, tan gran-

des y crueles que se afirma haberse consumido por ellas de diez partes las nueve de la gente que había; y esto se entiende y tiene por experiencia desde que los primeros conquistadores vinieron á esta tierra, porque afirmaban que era sinnúmero la gente que había, y parece bien claro que debía ser así por la mucha tierra que labraban y cultivaban, que hoy día parece acamellonada generalmente en todas partes, la mayor parte de la cual está desierta y eriaza, y con tres pestilencias generales que han tenido desde que los ganaron se han consumido y menguado de tal suerte, que dicen los indios viejos y antiguos con quien esta relación se hace, que pueblos y lugares pequeños sujetos á esta ciudad que tenían en su infidelidad más de á quince mil vecinos, no tienen al presente á seiscientos; y otros que no eran tan grandes están del todo despoblados y desiertos; y es cosa notoria que en la pestilencia general que hubo desde el año pasado de setenta y seis hasta el de ochenta se llevó de tres partes de la gente las dos, á lo menos en esta ciudad y de la de sus sujetos, que se sabe por el número y copia que de ella antes había, y por la cuenta que después acá se ha hecho de su cantidad por mandado de la Real Audiencia para hacer las tasaciones de su tributo; y en otras que hubo ha casi cuarenta años hizo otro tanto estrago, sin la primera de las viruelas al tiempo que estaban los conquistadores en la conquista de la ciudad de México, que se entiende por cosa averiguada haber hecho mayor daño que en las que después acá han tenido, sin otras muchas pestilencias que han tenido de menos furia.

Las causas de donde procedía la sanidad que afirman que tenían en su antigüedad, y las que hay para que al presente tengan tan grandes y tan generales mortandades, aunque se han investigado por muchos españoles doctos y hábiles en medicina, y por los propios indios, haciendo muchas diligencias é inquisición de su vida y costumbres en tiempo de su infidelidad, y del modo que agora tienen de vivir, para tomar de ello inteligencias, no ha sido posible saberse alguna que del todo cuadre y satisfaga, puesto que los unos y los otros dicen, y lo mismo afirman todos los curiosos que

han pretendido llevar esto al cabo, que si hay alguna causa de su consumición es el muy grande y excesivo trabajo que padecen en servicio de los españoles, en sus labores, haciendas y granjerías, porque de ordinario en cada semana se reparten para este efecto mucha cantidad de ellos en todos los pueblos de esta Nueva España, porque en todos los lugares de ellos tienen edificios, haciendas y granjerías de pan, ganados, minas y ingenios de azúcar, caleras y otras muchas maneras y suertes de ellas, que benefician y labran con ellos, que para ir á ellos á doce y á quince leguas de sus casas son compelidos y forzados, y que de lo que padecen allí de hambre y cansancio se debilitan y consumen de tal manera los cuerpos, que cualquiera y liviana enfermedad que les dé basta para quitarles la vida, por el aparejo de la mucha flaqueza que en ellos halla, y más de la congoja y fatiga de su espíritu, que nace de verse quitar la libertad que Dios les dió, sin embargo de haberlo así declarado S. M. por sus leyes y ordenanzas reales para el buen tratamiento y gobierno de ellos, afirmando que del descontento de su espíritu no podía prevalecer con salud el cuerpo, y así andan muy afligidos, y se parece muy claro en sus personas, pues por defuera no muestran ningún género de alegría ni contento, y tienen razón, porque realmente los tratan muy peor que si fueran esclavos.

XVI.¹ El asiento de esta ciudad y población de la mayor y más principal parte de ella es en un llano descubierto que se hace entre la laguna y la serranía y montaña grande de Tlaloc, que es el propio que se trató en el capítulo 14, en donde los indios tenían antiguamente el ídolo de las lluvias y temporales; y la comarca se llama *acolhuacatlalli*, que quiere decir tierra y provincia de los hombres hombrudos, como ya se declaró en el capítulo 13.

XVII.² El puesto y sitio de la ciudad de Tezcuco, y ge-

1 16. En todos los pueblos de españoles y de indios se diga el asiento donde están poblados, si es sierra ó valle ó tierra descubierta y llana: y el nombre de la sierra ó valle y comarca do estuvieren, y lo que quiere decir en su lengua el nombre de cada cosa.

2 17. Y si es en tierra ó puesto sano ó enfermo; y si enfermo, por qué causa (si se entendiere), y las enfermedades que comunmente suceden, y los remedios que se suelen hacer para ellas.

neralmente de toda su tierra y provincia, es sana, y tal opinión tiene de los naturales de ella, y por los españoles que la conocen desde el tiempo que á aquesta tierra vinieron, aunque con todo esto en las pestilencias generales no fué exenta ni reservada. Las enfermedades que comunmente suceden á los indios son calenturas y fiebres, que se curan con sangrías á nuestro modo, y purgas de la tierra de que ellos usan, de muchas y diversas cosas, especialmente de raíces; y también suelen enfermar de ciciones, tercianas y cuartanas, que asimismo curan con purgas. Algunos suelen tener bubas, pero muy pocos, y no les da ni penetra tanto en los huesos y partes interiores como á los españoles. Cúranselas con raíces que beben, y con sudar mucho trabajando. Suelen tener diviesos, sarna y nacidos, enfermedad vieja suya, que nace de sangre corrompida, aunque para las pestilencias generales que han tenido, á lo menos la de ahora siete años y la que pasó ha casi cuarenta, no tuvieron ni hallaron remedio, sin embargo de que entonces los médicos indios y españoles hicieron para ello las diligencias posibles, que ellos llaman *cocoliztli ezalahuacque*, quiere decir pestilencia de cólera adusta y requemada, y así era la verdad, porque los más que morían echaban por la boca un humor como sangre podrida. Las viruelas que tuvieron al principio de su conversión, por ser mal hasta entonces tan poco conocido de ellos, los maltrató y consumió gran parte, porque lo que tomaban por remedio les era causa de muerte, que era bañarse en agua fría, hasta que lo entendieron y usaron de abrigarse y sudar y hacer otros remedios que la necesidad y experiencia les enseñaba, con lo cual después acá, en otras veces que les ha dado se han curado, especialmente con sangrías. También han tenido pestilencias de paperas y flujo de sangre, aunque no tan mortíferas y contagiosas como las grandes, y también suelen tener tabardete y dolor de costado y cámaras de sangre; y como todas son enfermedades conocidas de los españoles, se han curado y curan por su orden y consejo, aplicándoles las medicinas y remedios ordinarios, con que se valen el día de hoy; de manera que para solos los cocoliztles no han halla-

do remedio; y si al principio se valieron contra él fueron dos géneros de personas, que eran las unas la gente rica vestida y abrigada y regalada, y la otra la que vivía en tierras cálidas, de suerte que en la gente más pobre y que vivía en regiones frías y secas hicieron más efecto: el secreto y misterio de lo cual tampoco se pudo saber.

XVIII.¹ Está la ciudad de Tezcuco la sierra nevada y volcán de Chalco á la parte del Sur, aunque algo más inclinados al Oriente; la sierra como á diez leguas y el volcán cuatro más adelante por la propia vía de esta, de cuya cordillera procede la serranía y montaña grande de Tlaloc de esta ciudad, la cual continuada pasa adelante hacia el Norte, hasta fenecer en la provincia de Otumpan.

XIX.² Río principal y caudaloso no hay ninguno en esta ciudad ni cerca de ella, porque los arroyos de agua que corren por ella apenas pueden llegar á la laguna en tiempo de seca. Aun para esto fué menester incorporar y reducir en uno muchas fuentes de sus propios nacimientos, quitándolos de sus cursos y corrientes naturales, recogéndolos en caños y acequias que para ello hicieron Nezahualcoyotzin y Nezahualpitzintli, no tanto para beber, porque tenían agua de pozos para esto, cuanto para regar sus huertas y jardines y otras posesiones y casas de placer, aunque ahora se sirven de ella en muchas partes de sus riberas para regadíos de sementeras de maíz y trigo, y en que han hecho los españoles molinos y BATANES; como es del río que viene á esta ciudad de las fuentes de Alatlhitia y de otras sus vecinas, de las montañas y serranía de esta ciudad, en los capítulos pasados referidas, con que antiguamente se regaban unas montañuelas y cerros pequeños que llaman *cuauhyacatl*, que quiere decir principio de monte, en donde los señores de esta ciudad tenían muchas y diversas plan-

1 18. Qué tan lejos ó cerca está de alguna sierra ó cordillera señalada que esté cerca dél, y á qué parte le cae, y cómo se llama.

2 19. El río ó ríos principales que pasaren por cerca, y qué tanto apartados dél, y á qué parte, y qué tan caudalosos son, y si hubiere que saber alguna cosa notable de sus nacimientos, aguas, huertas y aprovechamientos de sus riberas, y si hay en ellas ó podrían haber algunos regadíos que fuesen de importancia.